

La calle para el viernes 24 de septiembre de 2010
Diario de un espectador
Testigos con el alma
Miguel ángel granados chapa

Estremecido a sus 18 años por el asalto guerrillero al cuartel militar de Ciudad Madera, en la sierra chihuahuense, ocurrido el 23 de septiembre de 1965, Carlos Montemayor investigó el episodio muchos años después, ya consagrado escritor, y convirtió el material histórico que obtuvo en charlas sinceras, en vigorosa novela, *Las armas del alba*. Pero no contento con esa aproximación, entró en la mente y en la conciencia de quienes estuvieron muy cerca de los protagonistas, sus parientas. Ellas no fueron testigos de oídas, sino testigos de alma. Mantuvieron con los asaltantes el vínculo íntimo que les permitió saber, de lejos, lo que estaba ocurriendo.

Al acercarnos ayer a *Las mujeres del alba*, conocimos el relato de Montserrat, que con su hija del mismo nombre, y cuatro hijos más, busca resguardo en la casa de su cuñada Albertina, hermana de Salvador, su esposo, y de Salomón.

“Tenía que ser así”, le comenté. ‘Los hombres piensan que son los únicos que viven y mueren’, respondió con miedo y con resentimiento. ‘Todos morimos’, le contesté. ‘Pero unos sufren más’, insistió. ‘Yo creo que sí, pero no importa ahora’, respondí. ‘Ellos se van al monte o se mueren, pero tu tienes que esconderte’. Tenía razón, pero había muchas cosas que hacer, no había tiempo para hablar. Si Salvador moría, yo sufriría mucho, si escapaba con vida, sufriría más, él me lo había dicho. Albertina abandonó la troje y cerró la puerta. Mis hijos estaban desconcertados y me miraban. ‘Enciende el aparato de radio’, le pedí a mi hija mayor. ‘Enciéndelo para saber qué dicen, para saber qué no está pasando”.

Enseguida toca a Albertina el turno de hablar, de pensar, de angustiarse por sus hermanos y sus hijos:

“Van a matar a mi hermano Salomón. ¿No oyes los disparos’, insistí, ‘están atacado el cuartel’. ‘No entiendo’, contestó mi hija. ‘Tienes que entender ahora, porque Salomón es de los atacantes. Recé muchas semanas para que esto no ocurriera’. El tiroteo aumentaba por el rumbo de los cuarteles y de los talleres de los ferrocarriles. Había explosiones de bombas. Me asomé por la ventana: estaba oscuro, nada podía ver. Salí al corral y a lo lejos vi el espejo negro y quieto de la laguna. Olía a humedad, a lluvia reciente; la tierra en el corral estaba reblandecida, lodosa. Me sentí atrapada en la oscuridad, por el tiroteo y las voces. Quise gritar también, correr hacia la laguna. Sentía la muerte, el presentimiento, la delicada luz del amanecer que no lograría soportar tantas cosas. Mi hija mayor quiso tranquilizarme. ‘Van a matar a Salomón’, repetí. ‘Hace frío’, dijo mi hija. ‘Entremos en la casa’. ‘No quiero, no puedo’, repetí. Presentí que iba a

llorar pero me esforcé por permanecer firme. 'Deben estar allí mis hijos Juan Antonio y Lupita', pensé. 'También Salvador. Están ahí mis hermanos y mis hijos, los Gaytán y los Escóbel'. Mi hija temblaba a mi lado: era el frío, el miedo, no sé. Yo estaba mirando el cielo, buscando una grieta de luz, de amanecer. Cerré los ojos un momento, rezando. Cuando los abrí, estaba de nuevo en casa, con una taza de café caliente en las manos. Mi hija me había puesto una frazada en la espalda y me miraba con los ojos llorosos. 'No estoy seguro si prefiero que amanezca. Quero que todo el día siga así, a oscuras', me dije. '¿Y los otros muchachos?, ¿los que no son de aquí. ¿Qué haremos con esas familias', murmuró mi hija".